

VUESTROS CABELLOS ESTAN TODOS CONTADOS NO. 2005

**SERMÓN PREDICADO POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”
Mateo 10:30.***

Es muy deleitable ver *cuán familiarmente* nuestro Señor Jesús hablaba con sus discípulos. Él era grandioso, y sin embargo, estaba entre ellos como el que servía; Él era muy sabio, pero era tierno como lo es una niñera con los niños a su cuidado; Él era muy santo, y muy por encima de las debilidades cargadas de pecado de ellos, pero condescendía con los hombres de baja condición; Él era su Dios y Señor, pero era también su amigo y su siervo. Él hablaba con ellos no como un superior dominante, sino como un hermano lleno de ternura y simpatía. Ustedes saben cuán dulcemente Él les dijo una vez: “si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”; y así demostró que no les había ocultado nada que fuera provechoso para ellos. Les descubrió Su corazón totalmente: Su secreto estaba con ellos. Los amó con sumo amor, y encauzó el río pleno de Su vida para que fluyera en provecho de ellos.

Ahora, en este capítulo, si lo leen en casa, verán *cuán sabiamente* el Señor Jesús trata con sus temores. Él se preocupa para que ellos no tengan temor; está ansioso para que ellos no estén ansiosos; así que habla con ellos como un amigo muy tierno hablaría a una persona muy nerviosa (algún hermano o hermana de mente débil) y habla de tal manera que si ellos no hubiesen sido consolados, quiere decir con certeza que de manera voluntaria rechazaban el consuelo.

Él les dice: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.”

Hermanos, admiren la ternura de nuestro Señor Jesús, e imítenla. Tratemos de ser igualmente amables con nuestros hermanos en Cristo: nunca tratemos de presumir, ni de darnos importancia, ni de ostentar la fuerza de nuestra fe, pues eso agraviará a los tiernos pequeñitos, y los reducirá al auto-vituperio.

Consideremos su debilidad, y la ayuda que podamos brindarles; su aflicción, y el consuelo que podamos proporcionarles. Jesús mismo fue un Consolador, pues de lo contrario no hubiera podido hablar de “otro Consolador”; y así, seamos consoladores en nuestra medida, siguiendo Sus pasos.

Esto me recuerda, también, que debo mencionar *cuán sencillas* eran las conversaciones del Salvador con Sus discípulos, consecuentes con este deseo de confortar sus corazones. ¡He pensado a menudo que Él hablaba justo de la manera en que cualquiera de nosotros habla a nuestros hijos cuando deseamos alentarlos! No hay nada relativo al lenguaje del Salvador que te lleve a decir: “¡qué grandioso discurso! ¡Cuán buen orador es! ¡Qué bien habla! Si alguien te hace decir eso de Él, puedes sospechar que anda un poco perdido. Esa persona está olvi-

dando el verdadero objeto de una mente amorosa, y está buscando ser un conferencista, y quiere impresionar a la gente con la idea que está diciendo algo verdaderamente maravilloso, y que lo está diciendo de manera grandilocuente.

El Salvador ignoraba toda idea de usar una expresión maravillosa cuando trataba de expresar el significado de la manera más sencilla posible. Él buscaba el camino más corto para alcanzar los corazones de quienes lo escuchaban, y no le importaba para nada si las flores crecían a la orilla del camino o no. Por esta razón no hay elocuencia como la elocuencia de Jesús: hay un estilo de majestuosa sencillez en Él que es totalmente propia, y en esto radica Su sublimidad inigualable.

De vez en cuando reviso citas de libros, y veo que los nombres de los autores están colocados al pie de las referencias. Pero cada vez que observo que el nombre de Cristo es colocado debajo de una cita, lo considero como algo superfluo que debería eliminarse; pues nunca hay el temor de confundir el lenguaje del Hijo de Dios con el de cualquiera de los hijos de los hombres. Él tiene Su propio estilo. Esto, sin embargo, es incidental al propósito que se tiene; pues Él no estudia el estilo de la retórica en ningún grado, sino simplemente tiene por objetivo transmitir Su pensamiento.

Por eso Él habla con palabras muy sencillas, tales como las de nuestro texto: “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” Los hombres que son grandes y estudiosos no hablarían acerca de los cabellos de tu cabeza; todo su discurso es acerca de las nebulosas y de las estrellas, las eras geológicas y los fósiles, la evolución y la solidaridad de la raza, y no sé qué otras cosas más. Ellos no se inclinarían ante las cosas comunes; ellos deben decir algo grandioso, sublime, deslumbrante, brillante, lleno de fuegos artificiales. El Señor está tan lejos de todo esto como lo están los cielos del dosel más llamativo que jamás haya engalanado el trono de algún mortal.

Él habla en lenguaje sencillo porque Él se siente en casa; El habla el lenguaje del corazón porque Él es todo corazón, y quiere alcanzar los corazones de aquellos que le escuchan. Les recomiendo este texto por esa razón, además de muchas otras. “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”

Reflexionando sobre estas palabras, parecen contener cuatro elementos por lo menos, y podemos adoptar cuatro perspectivas de su significado: y la primera es *predeterminación*: “Pues aun vuestros cabellos (*han sido*, en la traducción propuesta por Spurgeon) *están* todos contados.” Encontrarán que esa traducción es una versión más precisa del texto que la versión que tenemos ante nosotros. El verbo no está en presente, sino en el tiempo pluscuamperfecto. Aun vuestros cabellos han sido todos contados antes que los mundos fueran creados.

En segundo lugar, veo en el texto *conocimiento*. Esto es muy claro: Dios conoce a Su pueblo de tal manera que aun los cabellos de sus cabezas están todos contados por Él. En tercer lugar hay aquí *valoración*: Él estima de manera tan elevada a Sus propios siervos, que de ellos se dice: “aun vuestros cabellos están todos contados.” Ustedes son tan preciosos que la más pequeña porción de ustedes es preciosa; el Rey conserva un registro de cada parte de ustedes, “Pues aun vuestros cabellos están contados.” Y, por último, aquí hay de manera muy evidente *preservación*. El Salvador les ha estado diciendo que no teman a los que pueden matar el cuerpo, pero que son incapaces de destruir el alma. Él dice que Dios los preserva. En otro lugar les había dicho a Sus discípulos, “Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá,” y Él quiere signifi-

car lo mismo en este caso; habrá una preservación perfecta de Su pueblo. “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”

I. Vamos, pues, al primer punto. Aquí hay PREDETERMINACIÓN. “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” La mayoría de los cristianos cree en la providencia de Dios, pero no todos los cristianos están preparados para seguir la verdad que implica. Ellos aparentan creer que hay una providencia que gobierna sobre todo, pero parecen haber olvidado que siempre hubo esa providencia, y que la providencia debe ser, después de todo, un asunto de predeterminación divina. Dios debe haber previsto, o de lo contrario no podría haber provisto, pues “providencia” es, después de todo, previsión; y la provisión que hace Dios no es sino el resultado de su visión anticipada de tal y tal cosa que es necesaria para nosotros. Ver anticipadamente debe pertenecer esencialmente a cualquier providencia verdadera y real.

¿Cuán lejos llega la visión anticipada de Dios? Nosotros creemos que se extiende *al hombre entero y a todo lo relacionado a él*. Dios ordenó desde tiempos antiguos cuándo deberíamos nacer, y dónde, y quiénes iban a ser nuestros padres, y cuál sería nuestra suerte en la infancia, y cuál iba a ser nuestro camino en la juventud, y cuál sería nuestra posición al llegar a la edad adulta. Desde el principio hasta el fin todo ha ocurrido de acuerdo al propósito divino, conforme fue ordenado por la voluntad divina.

No solamente el hombre, sino todo lo concerniente al hombre, es predeterminado por el Señor: “pues aun vuestros cabellos,” es decir, todo lo que tenga que ver contigo, que entre en cualquier tipo de contacto contigo, y que sea en algún sentido parte y porción de ti, está bajo la previsión divina y la predestinación. Todo está en el propósito divino, y ha sido ordenado por la sabiduría divina: todos los eventos de tu vida, ciertamente los más grandes, pero con igual certeza también los más pequeños.

Es imposible dibujar una línea de separación en la providencia, y decir: esto está arreglado por la providencia, y esto no. La providencia debe abarcarlo todo, todo lo que ocurre; no solamente determina el movimiento de una estrella, sino que incluye al grano de polvo que es soplado por el viento del camino. Todo esto, por la propia naturaleza del tema, es claro. La providencia de Dios no sabe de cosas que son tan pequeñas como para estar más allá de su conocimiento, ni de cosas que son tan grandes como para estar más allá de su control. Nada es demasiado pequeño o demasiado grande para que Dios lo gobierne y lo domine.

Todo lo que un hombre experimenta es también ordenado desde el cielo; si los cabellos de tu cabeza se tornan blancos en una sola noche de aflicción, es porque ha habido un permiso divino. Si conservas la vida hasta que cada cabello constituya una parte de la corona de gloria de tu ancianidad, no llegarás a ser más viejo de lo que Dios quiera. No morirás antes de que te corresponda, ni vivirás más allá del límite establecido. Yo digo que todo lo que te concierne, de principio a fin, todo lo que sea de ti, y en ti, y alrededor de ti—

**“Todo viene, y permanece, y termina,
Conforme le plazca a tu Amigo celestial.”**

“Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”

Y yo quiero llamar tu atención a esta pregunta: ¿cuál es la fuente de esta numeración? No quiere decir que todos estén contados por algún ángel registrador a quien se le ha asignado la tarea de contar. Eso puede ser, pero no es eso lo que debemos considerar hoy. *Quien lleva la*

cuenta es vuestro Padre que está en el cielo. Las ordenanzas que gobiernan la vida de ustedes están en Su mano; a Él pertenecen los temas de la muerte; y esto la convierte en un hecho feliz. El destino es duro y cruel; pero la predestinación es paternal, y sabia, y amable. Las ruedas de la providencia siempre son altas y terribles; pero están llenas de ojos, y esos ojos ven con una clara visión de sabiduría, y justicia, y amor, y miran al bien de aquellos que aman a Dios, y que son los llamados de acuerdo a Su propósito.

Es cierto que es terrible pensar que las cosas son fijadas por un plan eterno; pero el terror desaparece cuando sentimos que somos hijos de este Padre grandioso, y que Él no quiere nada sino aquello que al fin va a lograr nuestra conformidad a la imagen de Su Hijo, y mostrar la gloria de Su propia justicia, y gracia, y verdad.

¡Querido amigo, tal vez tú estás ciego! Sentirás un dulce contento en la oscuridad cuando puedas decir: “Esta ceguera fue determinada por mi amante Padre tierno; yo sé que fue así, puesto que aun los cabellos de mi cabeza están todos contados.” O puede ser que desde tu niñez has estado sometido a otra enfermedad física, que te ha costado mucho dolor y grandes limitaciones, y aún ahora amenaza con llevarte súbitamente a la tumba. Si esta cruz hubiera sido puesta sobre ti por un enemigo, te habrías quejado, pero ha sido ordenada para ti por Aquél que no puede ser injusto ni cruel; por tanto debes decir: “Jehová es; haga lo que bien le pareciere.” Se nos ha enseñado que oremos, “Hágase tu voluntad.” ¿Acaso vamos a contradecir nuestras propias oraciones dando coces contra esa voluntad?

Job glorificó a Dios, y sin embargo no dijo sino lo que tenía que decir cuando afirmó, “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.” Siempre he admirado a Job porque atribuyó todas sus aflicciones al Señor; porque aparentemente fueron los sabeos los que tomaron los bueyes y las asnas; fueron los caldeos los que se llevaron sus camellos; fue un gran viento que vino del lado del desierto, levantado por el diablo, el que arrebató a sus hijos. A Job no le importan tanto los sabeos, ni los caldeos, ni los demonios, como para mencionarlos; pero él clama, mirando a la Primera Causa de todos los eventos, “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.”

Cuando podemos alcanzar el fondo de las cosas visibles, y ver, no simplemente los títeres, sino también los hilos que los mueven, entonces nos acercamos a la sabiduría. Los seres malvados actúan de acuerdo a su propio libre albedrío, y por lo tanto todo el mal moral de sus acciones descansa plenamente y únicamente en ellos mismos; pero el Dios grandioso, misteriosamente, totalmente limpio de toda complicidad con el pecado humano, ejecuta Sus propios propósitos, que siempre son buenos y justos.

Él es quien del mal, real o supuesto, todavía produce bien, y mayor bien, y mayor bien, en progresión infinita. Yo digo que cuando llegamos a esta Primera Fuerza y fuente real de poder, entonces llegamos adonde aprendemos sabiduría, y recibimos ayuda en las luchas de la vida. Cuando vemos que todas las cosas son arregladas por Aquél que ordenó todas las cosas de conformidad al consejo de Su propia voluntad, entonces inclinamos nuestras cabezas y adoramos.

El resultado práctico de todo esto para el cristiano debe ser simplemente este, “Si esto es así, que todas las cosas en mi vida son ordenadas por Dios, inclusive los cabellos de mi cabeza, entonces debo aprender *sumisión*; voy a inclinarme ante la Voluntad Suprema que debe cumplirse siempre. Aunque me cueste una lágrima, y muchos dolores,

sin embargo nunca voy a estar contento hasta que pueda decir, ‘Padre, hágase tu voluntad.’”

La naturaleza humana nos impulsa a pedir que, si es posible, pase de nosotros esta amarga copa; pero la naturaleza divina, que Dios ha puesto en Sus verdaderos hijos, les ayuda a luchar todavía después de la plena sumisión, hasta que al fin se convierten en conquistadores de sí mismos, y Dios es glorificado en el templo de su ser.

Hermanos míos, estoy seguro que nuestra felicidad radica en gran medida en nuestra sumisión completa al Señor nuestro Dios. Si no puedes traer tu condición a tu mente, lleva tu mente a tu condición. El viejo proverbio nos invita a cortar nuestro traje de acuerdo a nuestra tela, y aquel que pueda cubrir su mente con los vestidos que la providencia le ha asignado, no necesita envidiar los trajes del alcalde de Londres.

El gozo está más en la mente que en el lugar o en la posesión. Quien tiene suficiente, aunque sólo sean unos cuantos pesos a la semana, tiene mucho más que un millonario. Quien está contento es verdaderamente un hombre rico; el que anda tras el dinero es siempre pobre, ¿cómo podría no serlo? Pobre en el peor sentido de la palabra. ¡Oh, es algo bendito que podamos pensar que todos los eventos de la providencia han sido ordenados por Dios: entonces podemos disolver nuestra propia voluntad en la dulzura de la voluntad de Dios, y nuestra tristeza llega a su fin!

Yo pienso que esto, además de enseñarnos sumisión, debería darnos un alto grado de *consuelo* en el tiempo de necesidad de tal forma que nos elevemos a algo parecido al gozo. Hoy estaba leyendo algo acerca del Sr. Dodd, que es una persona a quien los puritanos siempre estaban citando, un hombre que no escribió ningún libro, pero parece que dijo cosas con las que otras personas han hecho atractivos sus libros. Se dice que este viejo Sr. Dodd, tenía un gran problema, una queja de su cuerpo que no voy a mencionar, pero es una de las más dolorosas que un hombre puede sufrir; y cuando se le dijo que tenía esta enfermedad, y que era incurable, el anciano derramó unas cuantas lágrimas naturales a causa del dolor muy grande y agudo; pero al fin dijo: “esto me viene evidentemente de Dios, y Dios nunca me envió nada que no fuera bueno para mí, por tanto arrodillémonos juntos, y agradezcamos a Dios por esto.” Ese anciano dijo algo muy bueno, e hizo muy bien en agradecer a Dios de todo corazón.

¡Oh sí, arrodillémonos juntos y agradezcamos a Dios por nuestro problema! ¿Acaso puede ser tuberculosis, o un niño moribundo, o una hacienda que no sostiene, o un negocio que va rumbo a la ruina? Creamos con firmeza que nuestro Dios nunca nos ha enviado nada que no fuera para nuestro bien; por tanto, arrodillémonos, y agradezcamos a Dios con todo nuestro corazón.

Si tu hijo viniera a ti, y te dijera: “padre, te agradezco por la vara; sé que ha sido por mi bien,” sentirías que el tiempo de la corrección ha llegado a su fin. Evidentemente él no es tan torpe ni tan insensato como para que necesite un agudo despertar por medio del castigo. Él ve el mal involucrado en su desobediencia y la necesidad del castigo, y ahora se le puede permitir que aplique las lecciones que ha aprendido.

Cuando ustedes y yo comenzamos a familiarizarnos con la aflicción, y a agradecer a Dios por ella, está llegando a su fin. Yo personalmente creo que hay a menudo un período establecido para las aflicciones de los santos, y que ese período usualmente coincide con su aceptación perfecta. Cuando están contentos de recibir todas las cosas como Dios

quiere, Dios estará contento con permitirles tener tanto como quieran. Cuando dos voluntades se juntan, nuestra voluntad y la voluntad de Dios, entonces encontraremos un dulce arroyo de plateada paz que fluye en dos vertientes por el resto de nuestras vidas.

Por tanto, concluyamos esto: si aun los cabellos de nuestra cabeza están todos contados, si verdaderamente todo es ordenado por el Altísimo en lo relativo a Su pueblo, gocémonos en lo que Dios da, y tomémoslo como venga, y alabemos Su nombre, ya sea que lo que nos toca sea duro o suave, amargo o dulce. Digamos con alegría: “Si Dios lo quiere así, nosotros también; si es un propósito de Dios, que así sea; puesto que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.” No me voy a hundir en el pantano de las dificultades que algunos de ustedes ven colocado en el camino; yo tropiezo en el fango con el ágil pie de la fe.

No voy a discutir cómo se puede demostrar que la predeterminación es consistente con la responsabilidad del hombre, y con el libre albedrío del hombre y con todo eso. Yo creo en la responsabilidad del hombre, y en el libre albedrío del hombre, tanto como creo en la predestinación. Yo creo en la responsabilidad del hombre tanto como ustedes, y creo en el libre albedrío del hombre tanto como cualquier ser viviente. ¿Cómo puedo creer en ambas doctrinas? Evidentemente yo puedo creer en ambas doctrinas, pues yo ciertamente creo en ambas. He aprendido esto: que el hombre cuyo credo es consistente en la opinión de otros, usualmente tiene un credo señalado por la pobreza y la insuficiencia; y la mayor parte de ese credo es más bien teoría que revelación.

Cuando llegas a encuadrar tu teología en un sistema, existe el peligro que actúes como un constructor que coloca entre las grandes piedras mezcla hecha por él mismo. Yo me contento con apilar las piedras no labradas, y no les pongo ningún cemento propio. No le voy a dar forma a la verdad, y mucho menos le voy a agregar algo. “Porque si alzares herramienta sobre él, lo profanarás.” Quien acepta la verdad tal como la encuentra en el Libro inspirado tiene suficiente material, y todo ese material es sano.

Yo creo que todas las contradicciones de la Escritura son solamente aparentes. No puedo esperar entender los misterios de Dios, ni tampoco deseo hacerlo. Si yo entendiera a Dios, no podría ser al verdadero Dios. Una doctrina que yo no puedo entender, es una verdad que está destinada a agarrarme a mí. Cuando yo no puedo ascender, me arrodillo. Allí donde no puedo construir un observatorio, coloco un altar. Una gran piedra que yo no puedo levantar me sirve como un pilar sobre el cual derramo el aceite de gratitud, y adoro al Señor mi Dios.

¡Cuán ocioso es soñar que nuestro entendimiento corre en paralelo con el entendimiento del Dios infinito! Su conocimiento es demasiado maravilloso para nosotros; es tan elevado que no podemos alcanzarlo. ¿Han escuchado alguna vez la historia del muchacho curioso a quien se le había prohibido entrar al estudio de su padre? Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave: cualquier forma apropiada y segura de entrar estaba descartada. Pero él no podía estar contento hasta no haber satisfecho su curiosidad, y por lo tanto se subió por la ventana. Para horror de su padre, allá arriba en el segundo piso estaba su hijito, mirándolo desde arriba, y gritándole con orgullo infantil: “papá, puedo verte.” ¡Qué posición tan peligrosa para el niño! Debe ser rescatado, y se le debe enseñar que no debe subirse allí de nuevo.

¿Imitaremos la insensatez de este niño? Hermanos míos, yo no lo intentaré. No quiero poner en peligro mi alma, ni tampoco mis poderes de

razonar, esforzándome por entender lo que no se puede conocer. Siendo un pobre hijo como soy, prefiero amar a Dios y asombrarme de Él, en vez de mirarlo con percepciones frías e intelectuales, soñando que lo conozco plenamente. Yo le pido a Dios crecer en el conocimiento de aquello que el Señor ha revelado: y oro para pedir gracia para limitar mi curiosidad a los límites de Su revelación; ciertamente están sumamente lejos aun de las investigaciones más ambiciosas.

En cuanto a la dificultad frente a nosotros, yo no la entiendo; ¿y de qué me serviría si la entendiera? Yo sé que cualquier cosa que haga un hombre que está mal, la hace de conformidad a su libre albedrío; y yo creo que todo el pecado del mundo es causado por la elección voluntaria y censurable del trasgresor; pero yo sé que hay una comprensión de la previsión y de la predestinación tan amplia que todo está de acuerdo con la presciencia y la predestinación.

Que nuestro cabello crezca como quiera, o arranquémonos los cabellos como nos plazca, que nada interfiera con nuestra absoluta libertad en el asunto; y sin embargo los cabellos de nuestra cabeza están todos contados. Suficiente en cuanto a la presciencia.

II. Ahora, en segundo lugar, tenemos el CONOCIMIENTO: el íntimo conocimiento que Dios tiene de Su pueblo. “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” Observen qué conocimiento tan pleno tiene Dios de cada uno de Sus hijos. Si no hubiera nadie más en el mundo, excepto tú, y Dios no tuviera nada más que hacer que pensar en ti, y no hubieran otros objetos para Su atención más allá de ti, y Su mente eterna no tuviera ningún tema que considerar sino únicamente tú, el Señor entonces no sabría más acerca de ti de lo que sabe ahora.

La omnisciencia de Dios está concentrada sobre cada ser, y sin embargo no está dividida por la multiplicidad de sus objetos; no se encuentra menos concentrada en un objeto en razón que hay muchos objetos. ¡Cuánto debería asombrarnos que el Señor nos conozca en este momento tan íntimamente como para tener contados cada uno de los cabellos de nuestra cabeza! El conocimiento que posee el Señor en relación a Su pueblo es tan minucioso, y toma en cuenta esos pequeños asuntos que los hombres valoran como menudencias indignas de considerarse. Él sabe lo que tú y yo difícilmente deseamos saber: Él sabe aquello que nosotros desconocemos y que no nos quita el sueño: “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”

Él nos conoce mejor que cualquiera de nuestros amigos. Hay muchas personas que tienen un amable amigo que conoce sus asuntos con mucha precisión, pero aun un allegado tan familiar nunca ha contado los cabellos de sus cabezas. Ninguna esposa ha hecho eso, ningún doctor que tiene, por su larga relación con nosotros, un detallado conocimiento de la condición y de la salud de cada parte de nuestro cuerpo.

Dios nos conoce mejor de lo que nosotros nos conocemos a nosotros mismos. Nadie sabe cuántos cabellos hay en su propia cabeza; pero aun los cabellos de tu cabeza están todos contados por Aquél que nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Dios sabe cosas de nosotros que por nosotros mismos no podríamos descubrir. Hay secretos del corazón que son desconocidos aun para nosotros mismos, pero que no son un secreto para Él. Su penetrante conocimiento alcanza hasta las cosas más escondidas de la vida y del espíritu.

¿Acaso no concuerdan conmigo que un conocimiento tierno y encantador es revelado aquí cuando se nos dice que el Señor cuenta los propios cabellos de nuestras cabezas? ¿Acaso no revela cuánto piensa en ellos? Hay algunas personas que nos aman mucho, que siempre están

buscando nuestro bien, pero Dios los sobrepasa a todos ellos en un mayor cuidado maternal hacia nosotros, un cuidado sorprendentemente minucioso. Vemos que Su amor es mayor que el amor de las mujeres, pues aun los cabellos de nuestra cabeza están todos contados; y eso en cada una de las etapas de nuestras vidas. ¿Acaso no implica esto un cuidado muy benévolo?

Cuando uno tiene a un hijo enfermo, y lo vigila día y noche, cada pequeño detalle en relación a él es conocido y registrado. Mi amor se ve un poco pálido hoy, o no tiene mucho apetito ahora; el síntoma es notado con ansiedad. Ustedes saben cuán fácilmente el amor puede degenerar en insensatez en esa dirección; pero sin ningún desatino, Dios es infinitamente cuidadoso y amable con nosotros, pues Él sabe cuando hemos perdido uno de los cabellos de nuestra cabeza.

Nosotros no podemos hacer que nuestro cabello se vuelva blanco o negro, pero Él sabe cuando nuestros cabellos se tornan blancos por el dolor o por la edad. Él entiende todo acerca de la pérdida de color de nuestro cabello, de cuando encanecemos, los pequeños detalles relativos a nuestro cuerpo, así como de las más diminutas circunstancias que atribulan nuestras almas.

Me parece (no sé cómo lo vean ustedes) que revela un conocimiento muy, muy, muy íntimo, tierno, y afectuoso de nosotros; y el hecho de que nuestro Señor nos mire así tan lleno de gracia, nos debería llenar de gozo.

Este conocimiento tierno y cuidadoso de parte de Dios es constante. Él conoce el número de los cabellos de nuestra cabeza hoy, mañana, y todos los días: Él vela sin cesar sobre todos los procesos que aun de la manera más insignificante afectan nuestras vidas. Tan íntimo es el conocimiento que tiene de nosotros, que cuando nos acostamos y cuando nos levantamos, nuestros pensamientos y nuestros caminos, todo está continuamente ante Él.

Y ¿qué debemos aprender de esto? ¿Acaso la vida no es convertida en un asunto muy solemne? ¿Quién se atreverá a tomar las cosas a la ligera cuando el Señor Dios está tan cerca? ¿Se dedican ustedes a la crianza de abejas? ¿Han sacado alguna vez la estructura interior de una colmena, sosteniéndola en alto para observar lo que están haciendo las abejas a ambos lados del panal? ¿O han contemplado a las abejas a través de una de esas interesantes capuchas que tienen un visor, que permite que toda la actividad pueda ser visible?

Las abejas escasamente se dan cuenta que las estás observando, ciertamente a ellas no les importa que las miren, pues son tan laboriosas que ya no podrían hacer nada más aunque tuvieran puestos sobre ellas todos los ojos del universo. ¡Qué clase de personas deberíamos ser, sabiendo que Dios nos está observando, y registrando cada movimiento de nuestro ser! ¡Qué cuidado deberíamos tener en cuanto a nuestro sentimiento, nuestro pensamiento, nuestra determinación, nuestros deseos, nuestras acciones, y nuestras conversaciones, cuando Dios lo sabe todo minuciosamente, aun el número de los cabellos de nuestra cabeza! ¡Qué perfecta consagración deberíamos mantener!

Si Dios me valora tanto a mí, si me conoce de esa manera que aun cuenta hasta los cabellos de mi cabeza, ¿no debería yo entregar todo mi ser a Dios aun hasta el más mínimo detalle? ¿Acaso no debería darle no solamente mi cabeza, sino mi cabello, como lo hizo aquella mujer penitente, quien soltó sus trenzas para poder hacer una toalla con ellas y así secar esos pies que había lavado con sus lágrimas? ¿No deberíamos consagrar a Dios las cosas más pequeñas así como las más grandes

también? ¿No está escrito: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”? “Y que no sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio.” y cuando se hizo el inventario, el Señor no dejó fuera del catálogo ni un solo cabello de tu cabeza.

Ciertamente Él no les ha dejado el cabello a ninguna de ustedes, mujeres cristianas, para que ustedes se gocen en su vanidad y orgullo; cada una de sus trenzas es del Señor. Él no les deja a ustedes, hombres, nada de su talento, de su mente, de su cuerpo; todo su ser es completamente de Él, y él lo tiene muy en cuenta, y espera que ustedes lo incluyan en su consagración práctica. Él observa lo que ustedes hacen con las cosas pequeñas: Él nota inclusive esos pequeños asuntos que parecen indignos de consideración para estar bajo alguna regla. Estamos bajo la ley de Cristo, y esa ley cubre al hombre completo.

¿Acaso nuestra fe en este conocimiento que el Señor tiene de nosotros, no debería ayudarnos en la oración? ¿Acaso algunos hermanos no oran como si estuvieran informando al Señor acerca de sí mismos? Creo que he escuchado algunos comentarios en ciertas oraciones que parecían implicar que Dios desconocía el Catecismo Menor; algunos amigos han ido tan lejos como explicar las doctrinas de la gracia como si el Señor no estuviera al tanto de ellas. He escuchado que otros oran como si Él no conociera la experiencia de los cristianos: como si hubieran tenido que explicarle a Él algunas de sus dudas y temores.

Cuando oramos no necesitamos explicar nada, pues el Señor sabe todo acerca de nosotros, incluyendo los cabellos de nuestra cabeza. Queridos amigos, nosotros no tenemos ninguna necesidad de explicar nuestras dificultades y perplejidades a nuestro Dios. “Vuestro Padre celestial sabe.” Que éste sea el consuelo de ustedes. Él sabe qué cosas necesitamos antes que se las pidamos; ésta es una gran ayuda en la oración. Puede acortarse en gran manera la oración si van a Dios con la expresión de lo que desean, y argumentan Su promesa, y someten su espíritu a Su discreción divina. Al acortar la longitud de la oración, en esa medida se fortalece. No necesitan sentir temor, como si Dios no supiera, sino que deben ir dulcemente hacia Él, que sabe todo acerca de ustedes, y que no actuará sobre la información incompleta de ustedes, sino sobre Su propio conocimiento cierto.

Esta persuasión nos ayudará a sentir que el Señor nos liberará de todas las dificultades, pues El conoce el camino de salida de cada laberinto, Él percibe la respuesta para cada enigma. Si Él cuenta todos los cabellos de tu cabeza, puedes tener la certeza que Él tiene una gran discreción para cosas mayores, y es un piloto incomparable a través de las olas, y de las rocas, y de las arenas movedizas, que suavemente te conducirá en el camino, y te llevará al puerto deseado.

Hay tanto consuelo en esta doctrina del conocimiento infinito de Dios que yo quisiera que cada pobre pecador recordara que Dios lo sabe todo acerca de él, y por consiguiente Él puede tratar con todos sus pecados y temores. Si quieren misericordia, vengan al Señor de inmediato; Él conoce sus caminos, Él conoce su posición, Él conoce su corazón quebrantado, Él conoce sus luchas angustiosas, Él sabe lo que ustedes no pueden expresar. Todo el mal que han hecho y todo el bien que anhelan, Él lo percibe; pues “aun vuestros cabellos están todos contados.”

III. Ahora, en tercer lugar, y de manera muy breve: ¿Acaso este texto no expresa VALORACIÓN? “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” Parece, entonces, que los humildes santos son sumamente preciosos para el Señor. Todo el rebaño de Cristo en la tierra fue constituido por gente pobre; si poseían un bote y unas cuantas redes, era to-

do lo que valían. Si alguien hubiera visto a Cristo en Su pequeña iglesia en la tierra, habría dicho: “No hay ninguna persona respetable en medio de ellos.” Así es como se habla ahora; como si fuera respetable tener dinero; como si el respeto no perteneciera al carácter, sino únicamente a las posesiones.

Sin embargo, Él escogió a esos doce hombres pobres, y los tenía en tan alta estima que contó todos los cabellos de sus cabezas. Por allá veo a un pobre anciano junto al pasillo, que lleva una chaqueta de pana; la chaqueta no es importante, pero aun los cabellos de su cabeza están todos contados. Por allá está también una pobre anciana que acaba de salir del asilo, y a ella le encanta escuchar el Evangelio; es una anciana tan pobre, que a nadie le gusta invitarla para que tome un asiento en la iglesia. Ella es uno de los santos de Cristo, y la santidad es una patente de nobleza.

Si vendieras una hacienda podrías contar los árboles, pero no las ramas ni las hojas; pero si vendieras una joyería, contarías todos los prendedores, y todos los anillos de diamante, porque en una joyería todo es precioso; ahora Dios considera todo lo relativo a Su pueblo como algo tan precioso que inclusive le da importancia a los cabellos de sus cabezas.

¡Cuán preciosos son los santos a los ojos del Señor! He estado tratando de hacer un cálculo: si los cabellos de sus cabezas valen tanto que Dios los cuenta, ¿cuánto valdrán sus cabezas? ¿Quién me responderá eso? Si sus cabezas valen tanto que el Señor Jesucristo murió para redimirlas, ¿quién podrá decir cuánto valen sus almas, o más bien qué es lo que no valen? Las almas valen más que todos los mundos colocados juntos.

Pregúntenle a una madre cuánto vale su hijo. “Señora, ¿cuánto aceptaría por su hijo?” Amigos míos, si ella lo vendiera por el precio que ella considerara una compensación justa, no podríamos juntar todos nosotros el dinero suficiente aunque pusiéramos todo lo que tenemos en un fondo común.

El Señor puso tal valor en *Sus* hijos que entregó a Su Hijo Jesucristo a la muerte para no perder a ninguno de ellos; y Jesús mismo eligió morir en la cruz para que ninguno de *Sus* pequeñitos pereciera. ¡Oh, el valor y naturaleza preciosa de un hijo de Dios! Los mundos no servirían de nada para servir de base de la valuación.

Valoremos al pueblo de Dios muy en alto, sintiendo como lo hacía el Salmista cuando dijo: “Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti. Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia.” Ustedes agradan a Jesús cuando le hacen el bien al más pequeñito de *Sus* hijos. Él considera como que se lo hicieron a Él mismo. Si son tan queridos para Él, deben ser muy queridos para ustedes; y, como algunos a quienes Cristo compró con Su sangre, todavía están perdidos—

**“¡Oh, vamos y encontrémoslos!
En caminos de muerte ellos merodean.”**

Si los cabellos de sus cabezas están todos contados, ¿cuánto valdrán sus almas? Debemos sentir que todo lo que podamos hacer para salvar un alma de la muerte no es sino un trabajo barato comparado con la gema invaluable que buscamos. ¡Oh, ustedes, buzos, vengan y zambúllanse en el mar: las perlas que saquen les pagarán con creces todo su riesgo y esfuerzo! ¡Ustedes, cazadores de almas, vengan, no hay cacería como ésta! Cacén almas como los valerosos suizos cazan antes (venados) en las montañas, y que ninguna dificultad los intimide, pues “el

que gana almas es sabio.” No hay compra más provechosa que ésta, aunque ustedes deban entregar sus vidas para traer a los hombres a Cristo. ¡En cuánto valora Dios las almas de Su pueblo!

IV. Finalmente, aquí hay PRESERVACIÓN. Vean cuán cuidadosamente Dios preserva a Su propio pueblo, pues comienza por contar los cabellos de sus cabezas. Yo digo, y me baso en la Escritura para apoyar mi afirmación, que ningún miembro del pueblo de Dios sufrirá a la larga la más pequeña pérdida. “Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá,” le dijo Cristo a Su pueblo creyente. Si yo fuera a perder un cabello de mi cabeza, no me daría cuenta. ¿Alguno de ustedes sí se daría cuenta? Pero Dios sí sabría si Sus siervos perdieran algún cabello de sus cabezas, y Él les promete una protección tan completa que ninguno de los cabellos de sus cabezas perecerá.

Recuerden ese otro texto, “El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado.” Ahora, un cristiano puede fracturarse los huesos de su cuerpo, pero en un sentido real y espiritual él está libre de ese peligro, Dios lo guardará; ¡ay, lo guardará por toda la eternidad! “no quedará ni una pezuña,” le dijo Moisés a Faraón, y ni un solo hueso, ni un fragmento de un hueso de los rescatados será cedido al dominio de la muerte y de la tumba.

Cuando suene la trompeta, toda la humanidad redimida despertará a la vida. Cuando Pedro salió de la prisión, el ángel lo tocó, y sus cadenas se rompieron, y él salió de la prisión, pero no la abandonó hasta no ponerse sus sandalias. Ni siquiera dejó algún par de zapatos para Herodes o sus carceleros. Lo mismo sucederá con los hijos de Dios al final: “de lechos de polvo y arcilla silenciosa,” cuando suene la trompeta del ángel, se levantarán, y no dejarán atrás nada; no dejarán ninguna partícula esencial en la tumba. Resucitarán, cuerpo, alma y espíritu, completamente redimidos por el Señor. “Pues aun vuestros cabellos están todos contados.”

Cristo conoce lo que ha comprado, y lo tendrá; Él tendrá lo que ha comprado, inclusive hasta el último átomo. No entraremos a la vida cojos, o mutilados, o con un solo ojo. Él preservará a Su pueblo en su totalidad, y lo presentará “sin mancha ni arruga ni cosa semejante.”

Observen que, en la cercana vecindad del texto, leemos acerca de persecución. Amados hermanos, si viniera persecución no podría realmente hacerles daño. Los tres jóvenes hebreos, cuando salieron del fuego, no estaban quemados ni chamuscados; ni siquiera sus sombreros, ni sus narices, ni sus cabellos olían a fuego.

Cuando el pueblo de Dios sufre los fuegos de la persecución, no será perdedor; ellos irán en medio del fuego sin sufrir ningún daño; más aún, ganarán la palma y la corona de los mártires, que los harán gloriosos para siempre, a pesar de que mueran en las llamas. Por tanto, no le teman a nada. Nada les hará daño de ninguna manera; al final sus sufrimientos se convertirán en su enriquecimiento. Aunque ustedes no cuenten sus vidas como algo valioso, la sangre de ustedes será preciosa a Su vista.

Además de la persecución, ustedes pueden sufrir un accidente o una calamidad súbita. No tengan miedo nunca. Exhibir presencia de ánimo en un accidente representa la mitad de la batalla, por tanto el hijo de Dios debe estar calmado y con auto-control; pues aunque sufra en el cuerpo, su verdadero yo estará seguro. Ustedes serán colocados en peligros externos al igual que los demás, ya sea en tornados, o en naufragios, o sufriendo la peste del cólera, o en medio del fuego. Sin embargo, su verdadera vida está protegida de todo peligro por el pacto de gracia.

Por lo tanto, descansa en el Señor, pues estarás seguro aunque caigan a tu lado mil, y diez mil a tu diestra. Si pierdes, tu pérdida será transmutada en una ganancia real. La enfermedad, si llega enfermedad, obrará tu salud. Los hijos de Dios han sido madurados a menudo por la enfermedad. Son semejantes al higo, que no se vuelve dulce mientras no sea golpeado. Amós era recolector de higos silvestres (y los golpeaba) y la aflicción es el Amós de Dios para volvernó dulces. La madurez viene mediante la aflicción.

¡Ay!, dices, “he perdido a un querido amigo.” Confía en Dios y por medio de la amistad divina el vacío de tu corazón será llenado con creces. ¿Has perdido a un hijo? El Señor será mejor para ti que diez hijos. Si tu padre y tu madre te son arrebatados, los encontrarás a ambos en Cristo, y dejarás de ser huérfano.

Esto dice la promesa: “No quitará el bien a los que andan en integridad.” “No te desampararé, ni te dejaré.” Confía en el Señor en cualquier peligro. Confía en Él en medio de aguas profundas, y también cuando estés en la costa. Cuando las olas estén agitadas, confía en tu Dios, así como también cuando el mar esté tranquilo como un espejo. Cuando el mar ruge y las montañas son sacudidas por las mareas altas, confía en Jehová sin la menor sombra de duda, pues, “aun vuestros cabellos están todos contados.”

¿Por qué habías de temer? Tu barca lleva a Jesús con toda Su vida. Si *tú* te ahogas, *Él* no puede nadar, *Él* se hunde o nada contigo; pues así ha dicho *Él*: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” Si tu Señor vive, tú debes vivir. Por tanto, consuélense unos a otros con estas palabras, y vayan tranquilamente, pacientemente, alegremente, gozosamente por la vida, bajo la preservación divina, pues “aun vuestros cabellos están todos contados.”

En cuanto a ustedes que no están en Cristo, siento por ustedes un gran dolor, porque ustedes no pueden participar del gozo de esta preservación. En cuanto a los justos, las estrellas en su curso luchan por ellos, y las bestias del campo han hecho pacto con ellos. Pero en cuanto a *ti*, la tierra gime al cargar el peso de tal pecador, y los elementos están impacientes para vengar la queja del Dios del pacto, destruyéndote.

Todas las cosas trabajan conjuntamente para traer sobre ti la justicia que tú mismo provocas. ¡Huye! ¡Huye! ¡Huye! No te queda sino un solo amigo: ¡huye a Él! Ese amigo, “el Amigo de los Pecadores,” te implora que vengas a Él. Escúchalo cuando clama con los acentos más tiernos: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” ¡Ven a Jesús; ven de inmediato, por causa de Su amor! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #2005 – Volumen 34

The Hairs of Your Head Numbered